

▷ Brasil, vital para la estrategia global de Estados Unidos

Gobiernan en el Cono Sur los ejércitos o los peores grupos de las fuerzas armadas

José Manuel Fortuny

Brasil es casi un continente y una región aparte, pero tiene fronteras con cuatro de los cinco países que integran lo que llamamos el Cono Sur: Argentina, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay. Región aparte por la topografía de su territorio, por la lengua y la formación histórica, pero incorporado a los intereses de las oligarquías conosureñas de origen hispánico desde la alianza con Uruguay y Argentina durante la prolongada guerra (1864-1970) contra el Paraguay progresista de Solano López. Conosureño también por el papel que asume Brasil en la estrategia global de Estados Unidos, particularmente después que la Revolución Cubana le abre camino al socialismo en América Latina. El golpe militar de 1964 que acabó con el giro a la izquierda del gobierno de Joao (Jango) Goulart, era el anticipo y la abominable anunciación de los golpes de Estado, de marca reaccionaria, que iban a sucederse en el Cono Sur en la década de los setenta.

En el Cono Sur gobiernan los ejércitos o las peores facciones del ejército, en algunos casos actuando como verdaderos partidos militares que asumen, junto con la mistificación de la defensa de la patria, la protección de los intereses de las clases dominantes ante la eventualidad de una evolución pacífica y constitucional hacia el socialismo como en Chile, o frente a las posibilidades revolucionarias de la insurgencia armada, como en Uruguay y Argentina. Tales golpes militares, excepción hecha del que llevó a Stroessner al poder en Paraguay en 1954, ya no fueron el golpe clásico de los caudillos militares del pasado, sino la asunción al poder de las fuerzas armadas con un proyecto tan parecido al fascismo, que hizo creer en una resurrección del modelo europeo, en sus versiones más típicas, las de Italia y Alemania.

Para sus élites de mando había sonado "la hora de la burocracia armada", como lo apuntara Eduardo Galeano ante el trágico fenómeno de una democracia despedazada a sablazos en el Uruguay por los militares orientales. "Al principio — dice Galeano — fueron los guerrilleros. Después, los militantes de los partidos de izquierda. Después, los sindicalistas. Después, los intelectuales. Después, algunos políticos tradicionales. Después, cualquiera. La máquina no para, exige combustible, se enloquece, devora al inventor: los partidos de derecha otorgaron poderes especiales y recursos extraordinarios a las fuerzas armadas para saquearse de encima a los tupamaros y en poco tiempo los militares se quedaron con el poder y liquidaron a los partidos. Veinte mil personas pasaron por las cárceles y los cuarteles entre 1973 y 1974; la tortura se convirtió en el sistema de interrogatorio habitual. En las cámaras de tormento, muchos hombres perdieron la vida. A unos les reventaron el hígado a patadas. A otros, les falló el corazón cuando les sumergieron la cabeza en los tachos de agua sucia y de mierda. A unos los mató el plantón de varios días y noches. A otros, la picana eléctrica. Y hubo una muchacha que murió asfixiada por una bolsa de nailon atada a la cabeza". Este pavoroso cuadro, con variantes en cuanto a las formas del suplicio o el número de víctimas, se repitió en el Chile de Pinochet, en la Argentina de Videla, en la Bolivia de Bánzer y en el Paraguay de Stroessner, cuadro que ya se había anticipado en el Brasil de Castelo Branco y de sus inmediatos sucesores.

Todas las dictaduras militares del Cono Sur, conformadas como auténticas oligarquías castrenses, trillaron el mismo camino, comenzaron una guerra sucia contra los guerrilleros, como en Uruguay y Argentina, y terminaron reprimiendo o decapitando al movimiento obrero, proscribiéndolo, prohibiéndole hacer política, objetivo fundamental de su ascenso al poder, pues en definitiva la dictadura militar respondía y responde a la necesidad reaccionaria de impedir lo imposible, la lucha de clases. Lo mismo hizo la dictadura de Pinochet, comenzó con la izquierda y los partidos políticos y terminó castrando al movimiento sindical. Y el régimen de Stroessner, ni se diga. Son regímenes iguales en cuanto a su significación de clase, pero específicas en cuanto a modalidades de terror, y de tal modo es relevante la acción de resolver mediante la represión la contradicción fundamental entre explotadores y explotados, que las secundarias pasan a su verdadero lugar, como la que existe entre Chile y Bolivia por la aspiración de éste a una salida al mar, o como la que hay entre Chile y Argentina por la dominación en el Canal del Beagle.

En *Preso sin nombre, Celda sin número*, Jacobo Timerman consignó que los ideólogos de la dictadura militar definieron así a los tres principales enemigos de la Argentina: "Karl Marx, porque trató de destruir la idea cristiana de la sociedad. Sigmund Freud porque trató de destruir la idea cristiana de la familia. Y Alberto

Einstein porque trató de destruir la idea cristiana del espacio y el tiempo". O sea, tres judíos, para significar al antisemitismo, explícito o larvado, de los militares argentinos. Es sin duda, no lo negamos, una particularidad de la mentalidad en el ámbito castrense, pero no es lo genérico dominante, sino la orientación reaccionaria antiperonista, no por el peronismo como fenómeno nacionalista y populista, sino por el peronismo de la gran mayoría de la clase obrera, por el movimiento obrero como potencialidad de clase que, una vez que se libre de las enajenaciones ideológicas del peronismo, podría asumir su ideología propia y su papel de clase para sí.

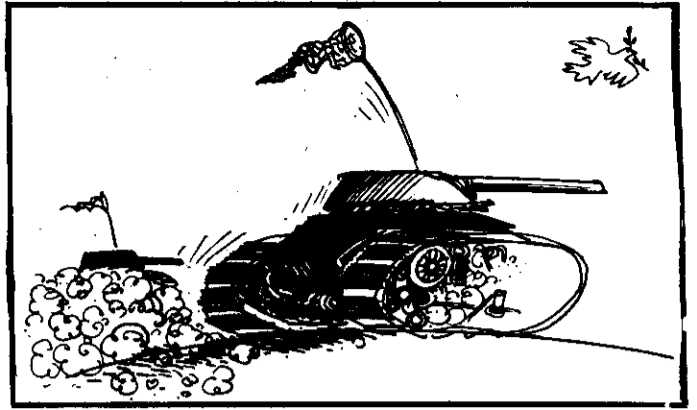
Nada anuncia todavía la proximidad de una modificación radical en la situación del Cono Sur, pero hay signos alentadores de que están madurando las condiciones para un cambio político, a partir por los menos de un retorno a la práctica de la democracia representativa, con todas las limitaciones que son de suponer. En Brasil, ante la reanimación de la lucha política, el gobierno de Geisel tuvo que anunciar una apertura democrática, controlada y limitada como la amnistía parcial que concedió, apertura que Joao Baptista Figueiredo comparó a un juego de fútbol, afirmando que cuando la oposición rebasara los límites fijados, el gobierno recogería la pelota y pondría fin al partido. Pero ya no es un asunto tan fácil, las luchas populares se amplían cada vez más al impulso de la movilización de la clase obrera, especialmente en la región industrial de Sao Paulo, donde ha surgido un nuevo partido de masas, el Partido de los Trabajadores del Brasil, bajo el li-



La militarización constante, la característica en la región. Tropas, para atemorizar al pueblo, y para reprimirlo.

derazgo de los obreros metalúrgicos y de su dirigente, Luis Ignacio da Silva (Lula). Bajo este impulso y la convergencia de otros sectores democráticos, las elecciones de 1982 podrían significar un cambio sensible para la situación política.

Los militares argentinos, acosados por la reanimación del movimiento obrero y las denuncias internacionales, han contemplado la posibilidad de seguir el modelo brasileño, pero sin dar ningún paso significativo todavía, ni aun con la coyuntura del recambio de Viola por Videla en la presidencia. Pacificaron el país a sangre y fuego, exterminaron, diezmaron y expatriaron a la oposición revolucionaria, pero no las tienen todas consigo, considerando, en primer lugar, el deterioro de la situación económica y la inflación colosal que alcanzó hasta el 800 por ciento anual, de lo cual presta testimonio este simple hecho demostrativo: Los 40 mil pesos que un obrero argentino necesitaba en 1973 para comprar una casa, en 1980 no le alcanzaban para comprarse una buena corbata. Los 9 mil 800 pesos que en 1973 necesitaba para comprar un auto, ahora no le alcanzan ni para llenar el tanque de



gasolina. Le temen a la movilización de la clase obrera, cuya reanimación se ha puesto de manifiesto en huelgas y demostraciones, como la muy reciente del 7 de noviembre, día de San Cayetano, en la que manifestaron más de 50 mil trabajadores marchando a los gritos de "paz, pan y trabajo".

En Chile hay también signos alentadores, entre ellos un descontento creciente de los trabajadores y la presencia de una insurgencia armada, a la cual alentará el viraje táctico del Partido Comunista que sin abandonar la lucha de masas ni sus esfuerzos por la unidad de los sectores democráticos, se orienta hacia la vía violenta y la insurrección para derrocar al régimen de Pinochet. Durante el último aniversario del atraco a la democracia chilena, consumado con el golpe militar y el asesinato de Salvador Allende, Pinochet se ufano de un producto per cápita de dos mil dólares, comparándolo con los 660 dólares de 1973, y una producción de cobre que subió 55.8 por ciento en los últimos ocho años. Cifras falaces, aun cuando fuesen exactas, porque ese per cápita no se distribuye igual entre todos los chilenos. Por el contrario, se agranda la diferencia entre la gran tajada del pastel que corresponde a la burguesía y a las capas altas de la pequeña burguesía, y la parte que se distribuye entre los trabajadores, sin contar con el gran índice de desempleo y de inflación. En cuanto a las ganancias del cobre, éstas no van a parar a los obreros de las minas, sino a las transnacionales y al Estado, que las emplea para consolidar su poder reaccionario y no para el beneficio social del pueblo trabajador.

No ha ocurrido lo mismo en Uruguay, a pesar del rechazo popular que recibió, el 30 de noviembre del año pasado, el proyecto constitucional del régimen oligárquico-militar. El general Gregorio Alvarez, pieza de recambio para el gastado gobierno de Aparicio Méndez, al asumir la presidencia el pasado 10 de septiembre, sólo hizo la promesa de que se cumplirían los plazos para un "retorno a la democracia", de la cual quedarían excluidos todos los sectores de izquierda, cuyos derechos, incluido el del voto, seguirían suspendidos hasta 1991. Todo parece, pues, igual hasta hoy, pero el deterioro del régimen es evidente, como lo muestran las nuevas persecuciones que han emprendido los servicios militares, quienes están deteniendo y secuestrando ciudadanos como en los peores tiempos de 1973 y 1974.

Tampoco hay cambios en el Paraguay, la dictadura férrea de Stroessner no da señales de debilitamiento. Pero en Bolivia, en cambio, la inestabilidad de los militares en el poder parece ser el elemento constante de la situación para el futuro inmediato. Seguirán sucediéndose los grupos castrenses en el poder, pero más temprano que tarde la descomposición de la oficialidad de las fuerzas armadas, le abrirá camino a las aspiraciones del proletariado y a los demás sectores democráticos del pueblo boliviano.

En el Cono Sur, como sucede en otras regiones — Centroamérica por ejemplo — parece diseñarse la necesidad de que se produzcan cambios radicales en dos o más países al mismo tiempo. Así lo da a entender el funcionamiento de esa especie de internacional de las dictaduras militares que se diseñó en el reciente pasado, lo mismo que el papel que tales regímenes están prestos a desempeñar, como bloque militar, en la estrategia global de Estados Unidos. "Cuando yo iba a la escuela primaria en un suburbio de Buenos Aires, escribió Julio Cortázar al referirse a los sentimientos negativos que generan el fascismo, mis excelentes maestras y gran parte de mi familia repetían axiomáticamente que los brasileños calificados de macacos eran cobardes; a eso se agregaba de inmediato que los uruguayos eran falsos y traidores, que los chilenos estaban siempre borrachos, igual que los bolivianos, y que todos ellos nos envidiaban y odiaban. Los argentinos, en cambio... ¡Ah, los argentinos! ¡Eso es un pueblo, che!"

Cortázar aludía a ese chauvinismo pequeño burgués y provinciano que advirtió en su niñez, que aún debe persistir en muchos sectores, un nacionalismo mal encaminado que actúa como barrera contra la solidaridad de los trabajadores y de los pueblos, de la cual tanto necesitan hoy, entre sí, para liberarse de los enemigos comunes, los gobiernos militares fascistoides y sus amigos, los políticos y militares de Washington que ahora los apoyan.

